

MICHELLE
RECINOS

Sustancia
de
hígado

BARLOVENTO

LAYLA MARTÍNEZ

**Una urticaria,
una roncha,
una herida**

Hace unos meses, a finales de junio, se cayó la página web de la editorial en la que trabajo. Tenía pinta de ser un problema del servidor donde está alojada, así que llamé al servicio de atención al cliente. Después de responder a un par de preguntas para identificarme y clasificar el motivo de mi consulta, el sistema pasó mi llamada a una teleoperadora. Ella contestó enseguida, sin dar tiempo a que saltase el mensaje automático que asegura a los clientes que van a ser atendidos en breve. La llamada no duró más de cuatro o cinco minutos, el tiempo que tardó en solucionar la caída y responder a una consulta sobre el plan que tenemos contratado, que yo llevaba tiempo posponiendo por la pereza que me dan este tipo de trámites. Sin embargo, ese tiempo fue suficiente para darme cuenta de que le sucedía algo. Había hablado en un tono correcto, con la cantidad justa de amabilidad y distancia profesional, pero en el fondo de su voz se podía detectar una turbación que no conseguía reprimir del todo. Mientras la escuchaba pensé que parecía la voz de alguien que estuviese a punto de echarse a llorar, o quizá la de alguien que había llorado y había tenido que contenerse para seguir atendiendo a idiotas como yo que somos incapaces de renovar el plan que tenemos contratado

antes de que caduque. Dudé en preguntarle si le ocurría algo, pero pensé que si un cliente me hubiese venido con esas en medio de alguna de las numerosas crisis de ansiedad que he tenido en mis diferentes trabajos, muchas de ellas pasadas en el baño como imaginé que había sido su caso, me habría hecho sentir más incómoda que reconfortada. Seguramente solo necesitaba que acabase su turno, quizá también rayarle el coche al encargado con una llave.

No volví a pensar en ello hasta el día siguiente, cuando empezó a circular por las redes sociales la noticia de la muerte de una teleoperadora en su puesto de trabajo. Abrí enseguida el enlace. La periodista contaba que la trabajadora pertenecía al *call center* que la empresa Konecta tiene en Canillejas, al este de Madrid, y que había fallecido de un infarto fulminante sin que diese tiempo a que los servicios de emergencias hiciesen otra cosa que certificar su muerte. Konecta es una vieja conocida de cualquiera que haya tenido que ganarse la vida con lo primero que salga. Allí suele haber trabajo porque el nivel de rotación de los trabajadores es altísimo: muchos no aguantan la explotación salvaje a la que son sometidos y los que lo hacen se van en cuanto les sale cualquier otra cosa. No me cabía ninguna duda de que el estrés había contribuido al infarto, pero la noticia no acababa ahí: el resto de los teleoperadores de la planta había sido obligado a seguir trabajando con el cadáver de su compañera en el suelo durante las tres horas que había tardado el juez en autorizar el traslado del cuerpo.

Pasé el resto de la mañana buscando en internet si la empresa que llevaba el servidor de la web había subcontratado la atención telefónica con Konecta, pero no fui capaz de encontrarlo. En su página, Konecta presume de más de quinientos clientes pero no da nombres. Tampoco lo encontré en la web

del servidor. Supongo que no es el tipo de información de la que se presume, especialmente si se trata de una empresa que acumula tantos conflictos. Nunca he llegado a saber si la causa de la turbación de la teleoperadora que me atendió era haber visto morir a su compañera y haber tenido que seguir trabajando con su cuerpo a solo unos centímetros, al otro lado de una endeble pared de contrachapado que apenas llega a la cintura cuando te pones de pie. Quizá era simplemente ansiedad, si no fuese terrible usar el adverbio «simplemente» en esta frase.

Leyendo los relatos de Michelle Recinos he vuelto a pensar en aquel día. Hay un par de ellos que transcurren en un *call center* y otro en el que la llamada telefónica a un comercio estructura todo el relato, pero esa no es la razón. La razón tiene que ver con algo que solo comprendí cuando acabé el libro y que me hizo pensar en el enorme talento de la persona que había escrito aquello: los relatos eran más reales que la realidad misma. Me explico. Como vais a ver en el libro, en los relatos de *Sustancia de hígado* la violencia juega un papel importante. Esta se presenta de distintas maneras, a veces aparece bajo la forma de un gesto insignificante que realiza una persona cualquiera y otras como un gran despliegue del aparato represivo del Estado, unas veces adquiere la forma de un comentario aparentemente inocente y otras la de una detención policial, pero todos esos actos de violencia tienen en común que son tan cotidianos que apenas suscitan reacciones en los personajes. La violencia es tan habitual que ni siquiera tiene la capacidad de alterar su vida cotidiana. No es que traten de disimular por miedo a la represión, es simplemente que están tan acostumbrados que ya no es capaz de sorprenderles o alterarles, mucho menos de indignarles. La única a la que la violencia le saca la rabia es a la viejita del

relato «Daysi Miller», y enseguida el resto de personajes le advierten de que si no cambia de actitud no va a conseguir lo que se propone. Uno de los pocos personajes que reaccionan ante la violencia es rápidamente disciplinado para que actúe con la misma apatía que el resto, para que él también se acostumbre, o al menos finja hacerlo.

Si desde la crítica cultural se ha señalado que en las últimas décadas hemos asistido a una espectacularización de la violencia que ha convertido los asesinatos y las matanzas en objetos de consumo, los relatos de este libro constatan que esa tendencia ha dado un nuevo giro. En ellos, la violencia sigue siendo una mercancía que exhibir, como vemos en el relato que cierra el libro, pero ya no genera sentimientos intensos, ni de atracción ni de rechazo, sino más bien una cierta indiferencia. El espectáculo de la violencia se ha convertido en esa gala de Navidad que está puesta de fondo durante la cena pero a la que nadie presta atención y que, cuando echamos un vistazo al televisor de camino a la cocina, lo único que genera es hastío. Esto es especialmente evidente en el subgénero de los asesinos en serie: si hace unos años eran atractivos, como Patrick Bateman o Hannibal, ahora llevan las gafas llenas de grasa y no se lavan el pelo, como Jeffrey Dahmer o Steve Avery. Si antes eran personajes cultos, inteligentes y elegantes, ahora son un poco cutres, llevan la ropa dada de sí y tienen el pelo cortado a trasquilones. Por mucho que los *true crimes* sigan empeñándose en convertirlos en estrellas pop, lo cierto es que nos hemos acostumbrado tanto a las descripciones pormenorizadas de masacres y descuartizamientos que nos aburren un poco. Después de dejar pasar cuatro capítulos seguidos de los descuartizamientos de Dahmer, Netflix tiene que preguntarnos si todavía seguimos ahí porque nos hemos puesto a mirar el móvil.